

El rollo que mola

de Verano de cuento

fotografía + relato

El **Festival de narración, Verano de cuento** está organizado por Teatrofia CC. Subvencionado por el Ayuntamiento de El Sauzal, el Cabildo de Tenerife y el Gobierno de Canarias.

Colabora con Verano de cuento, la Fundación DISA

Maquetación: La Oveja Negra.

Créditos en la penúltima página.

Música no hay, pero esta mola: *Peter Gunn Theme* (Emerson, Lake & Palmer).

Web: veranodecuento.com

Instagram: [@veranodecuento](https://www.instagram.com/veranodecuento)

Facebook: [@festivalveranodecuento](https://www.facebook.com/festivalveranodecuento)

Foto de portada de J. Reyes: puesta de sol con Mafalda.

Imagen de contraportada: cartel genérico de la edición número 27 de Verano de cuento.

El Sauzal, Tenerife, Islas Canarias, verano de 2026.



Mi abuela para mi cumpleaños, siempre me ponía su mano izquierda en mi cara, y la derecha la introducía en el monedero que tenía cosido en el reverso del delantal, sacaba media peseta y miraba para mi mano; ahí, entonces, yo estiraba mis dedos como el arquero que tensa su arco con la flecha y ella apretaba con su índice la media peseta contra mi mano hasta que yo la cerrara. Luego ponía fija su mirada perdida en mis ojos, como queriéndose encontrar, y suspiraba una felicitación rimada.

Mi abuelo nunca me regaló nada hasta aquel día; meses después, no lo volví a ver. Nadie me dio explicación. Años más tarde, en los que ya me afeitaba, madre me dijo que había muerto de un mal andancio.

—Ven acá, guayate —dijo mi abuelo, y yo le obedecí. Caminé como burro que tira del trillo, con la cabeza gacha. Él me dijo entonces: «Pero sonrío, guayate, que aún puedes hacerlo por fuera. Tu abuelo te quiere dar las gracias porque, cumpliendo años, le ayudas a vivir». »Recuerda sonreír siempre, aunque sea por dentro; esa es la verdadera libertad, guayate: aquí dentro, en la cabeza, nunca podrán entrar».

Soy tenaz hasta con mis errores, aunque no ha sido uno de ellos el que me ha traído hasta estas cuatro paredes sin ventanas. Once años, ocho meses y un día. ¿Ves el muro, abuelo? ¿Ves toda mi libertad, abuelo? ... Sí, la de aquí dentro, abuelo, la de aquí dentro.



Había pasado mucho tiempo o, en efecto, demasiadas personas habían pasado por allí en todo ese tiempo. Días antes de pisar mi viejo, pero tan añorado pueblo, alguien me dijo algo que (por ahora) ponía en duda: la prisión no pasó por ti, tú pasaste por la prisión. Y detenido junto a aquella vieja, pero aún icónica máquina expendedora no pude evitar sentir que la prisión me había quitado tantos o más momentos en mi vida como pegatinas y garabatos había en aquella pared. Pero también fue inevitable verme reflejado en ella, en todo lo que veía; todo ello significaba una huella, una marca dejada por alguien o por algo.

Huellas como las que mis amigos y yo también dejamos allí plasmadas. Quise mostrárselas a mis sobrinos, pero eran prácticamente ilegibles. «Tío ¿y tus amigos?». Un nudo ató mi garganta porque ahora ellos también eran intangibles. Todos murieron mientras yo estaba en prisión. Sonreí irónicamente porque parecía estar viendo un espejo.

Recuerdos y huellas estaban en aquella pared como recuerdos y huellas hay en mí. Algunos tan vívidos y claros que hablaban y otros que el tiempo fue borrando. En conclusión: todas esas personas no habían «pasado» por esa pared. Todo lo que significaba y albergaba aquella pared había pasado por la vida de todas esas personas. Y yo no solamente había pasado por la prisión. Todo lo que significa, albergaba y te enseña la prisión, había sido y sería clave para lo que ahora es y será mi vida.

AMÉN

01

La flor se abría al mediodía como una pregunta que el silencio se hace a sí mismo, pétalos de un violeta casi gris, desvaído por el sol que bebía su savia. Era una cosa breve, efímera, y sin embargo allí estaba, ocupando el espacio con la misma determinación con la que las olas ocupan la orilla: un instante de intensidad antes de que la tarde la doblegara. Sus estambres amarillos parecían latir, diminutas antenas que registraban el aire, el tiempo, la mirada de quien se detenía a observarla; y en ese detenerse, el mundo se estrechaba hasta caber en el cáliz de una sola flor.

¿Quién era ella, quién era yo al mirarla? La frontera se disolvía como el rocío en sus pétalos. El hibisco no pensaba en su belleza, no se inquietaba por el otoño próximo; simplemente existía, desplegando su violeta contra el verde indiferente de las hojas, y en esa existencia desnuda hallaba yo un eco lejano, una forma de decir lo indecible: que somos, un rato, luz y materia, y que basta.



02

El día que yo me vaya
mandadme ramos de flores
he mostrado mis agallas,
libré en mi vida mil batallas,
quiero todos los honores.

Lágrimas por amor
lloradas sobre mi tumba
que aún quien tenga rencor
verifique sin temor
el día que yo sucumba.

Llegará el día que muera.
Mientras, sigo vivo,
luchando como una fiera
aunque la vida me hiera
en continuo acoso y derribo.

Llegará como te digo,
el día de mi muerte.
Esperad falsos amigos
como perros de mendigo,
algún día tendréis suerte.

01

Evidentemente, pasar era un reto. Me dijiste: «Adelante...» Y el resto fue remojar, restregar, enjuagar y tender... besarnos con pasión tras las húmedas sábanas, figuras neutras al trasluz de un sol de verano. Lo prohibido se diluyó como las manchas en las sábanas.

4



02

La verdad es que hoy todo es diferente, que solo vemos lo oscuro y deprimente del mundo, parece que hemos sido programados para observar detalles en negativo, que tenemos prohibido ser optimistas; nadie nos ha explicado que detrás de paredes ennegrecidas y descamadas por la humedad y el paso del tiempo, existen paisajes alegres, llenos de nubes y un inmenso mar.

Que detrás de unas cuantas sábanas colgadas en un tendedero improvisado, existe una familia que vive, trabaja, siente y padece.

Que hoy, como otros tantos sábados, he salido a capturar imágenes como ésta y me he dado cuenta que he dejado a Eva y Adrián, junto a sus hijos Juan y Jesús, y es que, he quedado impresionado con la complicidad con que todos ejecutan sus tareas; parecían trabajar en una cadena de montaje.

No podía apartar la mirada de sus rostros sonrientes mientras Eva dirigía, Adrián, pasaba las sábanas recién exprimidas a Juan, para que este las tendiese y Jesús, el pequeño Jesús, de unos seis años, detrás de su hermano con el cesto de pinzas para sujetar la ropa.

Todo esto me hizo entender, que nuestra felicidad depende de nosotros mismos, que depende de lo que queramos observar, que todo es cuestión de enfoque.



El país de las maravillas no está siempre lleno de flores parlanchinas. En ocasiones sus cantos proceden de un dispositivo conectado a la voz de la Reina de Corazones. Cantos de sirena que distorsionan la realidad que llega a los inocentes oídos de los consumidores de experiencias nuevas.

Caminaba por ese puente donde en antaño paseábamos, pero ahora lo hago solo, sin dirección alguna, pensando por qué te fuiste, llevándote contigo mi corazón.

Me paro, miro hacia bajo, la posición del sol hace que mi sombra se refleje en lo profundo de un barranco ¡se encuentra sola! rodeada de vegetación, de vida, pero sola, todo a su alrededor es verde por el paso del agua cuando esta decide por ahí pasar, pero mi sombra oscurece toda esa belleza.

Quizás así lo sintió ella cuando decidió irse, quizás, mi forma de ser eclipsó cual luna al sol, todo su brillo, opacando su luz.

Cada día paso por el mismo puente, sin un rumbo marcado, pero siempre haciendo una parada, en ese pequeño lugar donde me hago más grande a la espera de que mi sombra se vuelva a unir a la de ella.



Casi cualquier historia contada parte de algún recuerdo (o por lo menos ese es mi caso) donde sentirse libre, descansada de lo vivido, de la paz encontrada y con los errores que has asumido.

En mis veranos siempre vivo despeinada por el viento, respiro profundamente, descalza y sin tapujos... es casi perfecto.

Mis eternos veranos son frescos, ensalitrada, llevo conmigo lo mejor de mis propias elecciones. Sentirme libre de ropajes y adornos innecesarios.

Dedico cada palabra a esas noches de guitarra en la playa y días de sol en la cara tras volar entre olas, y por mil razones el anhelo de volver a donde un día fui tan feliz.

Sin lamentos, sin melancolía.

Con mi corazón en la mano, con ilusión y el mundo por montera, mis penas lloradas con las personas que han curado mis heridas, y en la buena suerte... porque el destino no se le escapa a nadie y camino con mis cholas, que con ellas se vive mejor, camino y camino, y si llegué hasta aquí fue para quedarme.

Llegaron las vacaciones y las cholas reposan y dejan de volar por los pasillos de las casas detrás de los niños revoltosos.



La encontré entre las cosas de mi abuela después del entierro, en una caja de recuerdos.

Una foto vieja, solo una ventana, blanca, descascarada aun con vidrios, en una fachada blanca, nada más.

Pero cada noche desde que la guardé en mi cajón, a las 12:40 am, escucho el mismo ruido ¡CRACK!, las ventanas de casa todas cerradas.

Anoche no aguanté, saqué la foto y la puse sobre la mesa, la miré mucho tiempo. La hoja de arriba estaba un poco más abierta que en mi recuerdo: juraría que ayer estaba cerrada.

Me acerqué, en el reflejo oscuro del vidrio, detrás de las líneas blancas vi una silueta, no era la mía, tenía la cara pegada al otro lado, hacia fuera, hacia mí.

Respiré, la silueta parpadeó, cerré los ojos un segundo, cuando los abrí la ventana de la foto ya estaba completamente abierta.

Y en mi habitación, detrás de mí, sonó otra vez...
¡CRACK!

No me giré.



Una ventana guarda historia.

Parece mirar hacia dentro y hacia fuera. Invita a imaginar qué historias quedaron al otro lado, despertando sentimientos profundos: nostalgia, ternura, familia, risas...

Porque hay ventanas que no solo dejan pasar la luz... también dejan escapar recuerdos.

Aún recuerdo el sonido de tus hojas y ramas
partiéndose.

Aún recuerdo el olor fuerte a humo.

Aún recuerdo cómo olía cuando llovía y seguía verde.

Ya no me queda nada en el alma, todo está hecho
cenizas.

Ya no soy nada desde que me prendiste fuego
y no sé si fue por puro juego o simplemente
ignorancia.

Pensé que éramos amigos, siempre estuvimos juntos
desde que nacimos.

Pensé que me querías por cómo me sonreías, pensé
tantas cosas y todas fantasías.

No te guardo rencor, simplemente estoy herida,
no quiero tu mal, pero sí que tengas empatía.

Sólo te deseo que jamás me olvides y me recuerdes
todos los días,
porque volveré como lo hizo el Fénix una y otra vez,
volveré a ser yo, a poder cobijar pájaros, ardillas...
volveré a ser alimento para el ganado que tanto me
cuida,
volveré a que mis ramas y troncos calienten hogueras
en la noche inerte.

Volveré a ser bosque y no me importa cuántas veces
me quemes.

Me da igual cuántos años tarde en volver a ser fuerte
porque mientras pasa el tiempo: tú lo pierdes, pero
yo lo gano.

Algún día tú serás pasto y yo me alimentaré de ti
y ahí será el momento en que nos unamos
y tú seas más bosque y yo más humano.



Dulce el vino de las tabernas que, envueltas en la
nube que sube del cementerio, arropa a los
enamorados.

Lo había citado a la hora en que el último tranvía de la noche
pasa frente al café donde se conocieron.

Tras nueve aniversarios de cancelaciones y retrasos,
no se podía permitir decepcionarla esta vez.

Llevaba puestas sus mejores galas para la ocasión,
se había afeitado cuidando de cada detalle
y había salido de casa tan apuesto como el primer día.

Ni los cierres en la autopista general,
ni los contratiempos por ampliaciones de calzada en el centro histórico
le impidieron desplazarse a toda velocidad a su encuentro.

Y allí estaba, por fin, su cupido motorizado,
dispuesto a darlo todo en la discoteca a la siempre solía ir
aquellas noches de cacería con sus colegas,
dejándola plantada en cada sitio donde tuvo la desgracia de esperarlo:
la fuente de Galatea a la salida del consorcio,
su debut como Brünnhilde en el Teatro Metropolitano,
el parto y los primeros siete cumpleaños de Sofía,
cada citación por impago de matrículas e hipotecas,
cada consulta y cada ingreso en el Pabellón de Oncología
del Hospital de Santa Clara,
sus dos últimas semanas en coma inducido
y los días que sin más han ido pasando por aquel nicho olvidado
bajo el arrullo de las acacias, en la sexta fila de osarios,
Sección F del Cementerio Municipal.

Esta vez había acudido a su llamado sin asomo alguno de dilación;
en aquella cita a ciegas con la muerte,
el tranvía le cedió la única, aunque breve, ocasión que tendría
de ser el primero en llegar.



Mi idea era coger el 2B hasta
Pacsirtatelep, bajarme en la parada
de la Magyar Tudományok y entrar en
la academia de las ciencias para
disfrutar en persona de *De la
oscuridad, la luz*, esa maravilla de
pintura que Hender hizo por encargo,
esa que habla de que la ciencia
ilumina la oscuridad de la incultura y
yo qué sé. La cosa era: llegar,
hacerme un *selfie* chulo del que
poder presumir en redes y salir de allí,
pero se me pasó la parada y luego me
dio pereza pillar el tranvía de vuelta,
de manera que hice una foto del
Danubio y la colgué en Instagram.
Cuatro *likes* tuve. Hungría es lo peor
para una *influencer*. Te lo digo yo.

La reunión comenzaría en cinco minutos.

Se recolocó la chaqueta, elegante, sobria. Se retocó el labial, rojo cereza.

No estaba nerviosa. Esta vez todo sería diferente, lo sabía. La competencia había sido feroz pero su nuevo puesto de CEO en la empresa estaba más que asegurado.

Todo gracias a aquella mujer de voz ronca. La había mirado fijamente desde su puestecito de artesanía de la feria. «Atraviésale el corazón con esta aguja», le indicó una vez que ella terminó de relatarle aquello que la atormentaba. «Y esta pluma... Átala al cuello, lo más fuerte que puedas». Y eso había hecho.

Con cara de asco empujó aquel andrajoso muñeco de vudú más al fondo del cajón.

Salió del despacho y, sonriendo con seguridad, se dirigió a la reunión.

Ya decidiría más tarde qué hacer con el cadáver.



Arte de contemplar en una preciosa y sutil extremidad con gracia divina. Miembro de una criatura deidad proveniente del Edén. Órgano de invaluable destreza con una morfología capaz de construir o destruir, de acariciar o abofetear, de escribir o señalar.

Delicado y suave tacto, similar a una pluma rozando tu piel o de fuerte impacto cuando la misma cargada de tinta plasma en una carta el dolor de un implacable ¡adiós!

Posee el poder de dar a entender muchas cosas sin mencionar una palabra. Funcional por naturaleza y con el don de dar y recibir. Parte de género XX, símbolo de la belleza innata y de la cual solo privilegiados pueden asir de ella para así disfrutar de exquisita plenitud y bienestar.

Protección y calor ecuánime ligados a una unión fraternal e inmarcesible. Resiliente a cualquier adversidad; indiferente al tiempo con un compromiso de por vida representado por una sortija que atestigua un entrelazado camino idílico hacia la eternidad con DIOS.

El destino así lo quiso. Obró su pernicioso juego a la vez que confabulaba con el tiempo para que dos errabundas almas se encontrasen. El ruidoso silencio lo envolvió todo encapsulando la tristeza sobre sus hombros, empujándolos a recordar lo arrebatado: la hilaridad, la carcajada, la ilusión o el reír inocente de un niño.

Enmudecidos, con sus corazones partidos, se fundieron en un cómplice abrazo impregnado de dolor con matiz de adiós. Derrumbado el ánimo y vencida la esperanza, comprendieron que su vetusto oficio de payaso, cual deambulaba descamisado al filo del olvido, había llegado a su extinción.

Destripada la verdad, compartieron su último deseo. Se armaron de humor sin esperar nada a cambio y sin mayor dilación ofrecieron el más oprobioso espectáculo.

Se desquitaron. Se desahogaron. Dieron todo de sí ante la ignorancia de un público inmovible, absortos en la cicuta de pantallas vacías que sutilmente los consumía.

Resignados, recogieron sus bártulos, sus lágrimas y lamentos para marchar a un horizonte incierto de una calle sin nombre, sin mirar atrás, a un destierro creído imposible, sin futuro, sin hado.



El payaso Jerzy no quería sonreír. Su contrato, sin embargo, exigía una alegría constante. Como no podía cumplirla con su rostro, la externalizó en un muñeco de trapo que abrazaba con fuerza, como quien ahoga un gato. El muñeco, por su parte, tampoco sonreía; tenía la cara de un bebé estrangulado por el encaje.

—Hoy el público será exigente —murmuró Jerzy.

A sus pies, pintada en la lona desgastada, una boca enorme exhibía treinta y dos dientes de felicidad obligatoria. Era la sonrisa que el circo prometía a cambio de dinero. Jerzy la contempló con envidia. Una sonrisa así, plana, inmune al sufrimiento, sin necesidad de hígado ni de corazón.

Un niño se acercó y señaló el rostro pálido de Jerzy.

—Mamá, ese está triste.

—No digas tonterías —respondió la madre—. Es un payaso.

Jerzy asintió. Tenía razón. Un payaso no está triste; está contratado. Cerró los ojos y apretó al muñeco. En el suelo, la sonrisa pintada brillaba bajo el sol, indestructible, muda, perfecta. Jerzy suspiró. Al menos una de ellas dos cumplía con el reglamento.

El gallo fue el primero en despertar, abrió las alas y se sacudió emitiendo un potente canto que activó a las gallinas.

Bajaron del palo en el que pasaban la noche y descubrieron que la puerta del gallinero estaba abierta.

La gallina más joven lanzó la propuesta. Las viejas se mostraron reticentes. Echaban de menos escarbar y revolcarse en la tierra, pero no se atrevían a dejar atrás la seguridad que les aportaba el gallinero, pese a que corrían el riesgo de terminar en el caldero.

El gallo y las gallinas jóvenes osaron cruzar el umbral. Las viejas no se atrevieron a quedarse solas y preguntaron: “¿Qué comeremos? ¿Dónde nos refugiaremos?”

La gallina más joven contestó: “Este es el precio de la libertad: la incertidumbre. No sabemos qué futuro nos aguarda, pero atrevámonos a descubrirlo a cada paso. Juntas seremos capaces de vencer las dificultades encontrando qué comer y dónde refugiarnos”.

Así es cómo comenzaron a recorrer un camino sin rumbo fijo que las condujo al borde de un barranco donde crecía la laurisilva.

Decidieron que podía ser un buen hogar donde instalarse y donde nunca les faltaría alimento.

Las ramas de los árboles se convirtieron en ese refugio seguro en el cual protegerse de los depredadores.

Nunca echaron de menos su antiguo hogar en el gallinero. Estaban bien nutridas, el sol les calentaba el cuerpo y se reproducían sin miedo de que los humanos les quitaran los huevos o se las comieran.



En el pueblo de los gallos, en Los Llanos de Aridane, nadie se levanta con despertador; se levantan con Willy «El coqueto» y con «Trompetero».

Esa mañana Willy (el de la cresta roja parada como una corona) decidió que ¡ya estaba bueno de que sólo las gallinas comieran flores! Él quería foto para Instagram.

Se paró en medio del jardín morado, infló el pecho y le gritó al otro: «¡qué Gallo! ¡oye Gallo! ¿cómo estás Gallo? ¡Hoy salimos en la postal del pueblo!».

Trompetero, que es más serio, sólo picoteaba margaritas, pero cuando vio a Willy posando serio entre las flores, no aguantó y se le paró al lado.

El problema fue el tercero, el negro, que estaba escondido -celoso porque nadie lo saludó- salió corriendo, se resbaló con el rocío y tumbó a los dos; quedaron los tres enredados patas «pa’riba» entre pétalos morados.

Y pasó Doña María con el café y dijo: «Mijo, si este es del pueblo de los Gallos, hoy amanecieron fue de «payasos».

Desde ese día, en el Valle, cuando alguien se cae no decimos: ¡te caíste!

Decimos: ¡te hiciste un Willy entre las flores!

Y todos se ríen, porque aquí:

Gallo que es gallo
hasta caído canta bonito



La piedra poliédrica en medio de un mar de cantos rodados quiere llegar al mar para que el tiempo lime sus asperezas. No sabe que la comunidad, dura de mollera, se opone al proceso que le convertiría en una de ellas.

Paso, paso, descanso.

Paso, Paso, descanso.

Llevamos 3 días caminando, ya queda poco para cruzar la frontera de Alpidec y llegar a nuestra ansiada «tierra prometida». Contengo una sonrisa amarga, recordando esos domingos en misa, cuando mi país rebosaba paz y esplendor, todos éramos hermanos y nos abrazábamos al salir de la iglesia. En la Biblia Abraham busca su tierra prometida. Yo busco mi lugar refugio, muchos siglos después. Igual el mundo no ha avanzado tanto como dicen. O igual es que he nacido en el lugar equivocado. Mi pequeña Ana duerme a mi espalda. A ratos sí, a ratos no. Recuerdo el mullido colchón en casa, Rebeca a nuestro lado contando historias al amanecer. La mejor contadora de historias que he conocido. Ya no volveremos a escucharla más. Una lágrima asoma por mi cara, pero no puedo hacerle caso. Ana se ha despertado, le molesta el calor y este trote infinito que no sabemos a donde nos llevará, pero es nuestra única opción. Si no, a santo de qué iba a estar yo intentando mantenerme en pie en esta inhóspita ruta.

Y comienzo de nuevo nuestro juego, ese que la entretiene y a veces hasta la hace reír mientras yo me dejo mis pies y las pocas fuerzas que me quedan buscando nuestra ansiada tierra: la que mana leche y miel, o al menos un trabajo, una sonrisa de mi hija, un «buenos días» cuando vaya a comprar el pan.

Paso, paso, descanso.

Paso, paso, descanso.



Responsabilidad, cuidado, atención, ternura, cariño.

Todo lo que conlleva velar por la vida de un niño sea o no tu hijo.

Transitar con la criatura a la espalda.

Sin importarte nada, salga el sol por donde salga.

Brindarle calor humano, protegerlo, quererlo, amarlo, una bonita muestra de afecto.

Una acción genuina que trasmite calidad de sentimientos. Probablemente el inicio de un vínculo eterno.

Se dice que una imagen vale más que mil palabras, seguramente mis palabras no son suficientes para definir lo que esta imagen proyecta.

La observé durante un tiempo prolongado. En ella no encontré un atisbo de algo malo.

Reflexioné sobre mi presente, aprendí de mi pasado. Convencido estoy de que me ayudará a ser alguien más humano.

A tener más tacto.

A ser mejor hijo, mejor padre, mejor humano.

Recuerdo haber visto esta imagen en movimiento en mi país de origen.

Deseo que al igual que me ocurrió a mí, la atención de otros cautive.

Esta es la muestra tangible de cuánta seguridad se puede ofrecer con un trozo de tela y mucho amor.

La inocencia a lomos de la entrega y el sacrificio disfrutando de un sueño reparador.

Soñar, con los ojos del alma,
entrar en la profundidad del abismo,
observar los colores que nos rodean,
sentir el amor.
No se tienen ojos solo para ver.
Se ve para sentir.



Y de pronto estaba perdido, solo, salí a caminar y no sé, el aire, la brisa, me distraje, me alejé y no pude volver y me pregunté y ahora qué hago, solo soy un burrito llamado Ciro.

Recuerdo que comencé a andar y cada vez el prado se tornaba mas verde, más maravilloso, hasta que en un momento me sorprendió desconocer la zona y con angustia llegué a la conclusión de que no sabía regresar. Intenté pensar por dónde había venido, pero todos los caminos me parecían iguales.

Pati me estará buscando, ella y yo somos uno, nos queremos muchísimo. Voy a relajarme y a concentrarme a ver si escucho o huelo algo familiar a la distancia que me lleve nuevamente a su encuentro, a mi casa, a nuestra casa. Ella me adoptó cuando yo era bebé, me cuidó y me dio todo su amor. ¡La quiero tanto!

Será que estoy mayor y quizás empiezo con olvidos de la edad. No sé si a los burros nos pasa algo similar que a los humanos pero a mí es la primera vez que me sucede y espero sea la última. De pronto recordé algo para guiarme, el sol que me acompañó de una manera natural, bañándome de luz, y ahora en su ocaso lo debo seguir. Y así llegue a casa y pude reencontrarme con Pati que a los besos y abrazos me recibió emocionada al verme, mi alegría fue tan grande que agradecí perderme y sobre todo reencontrarme con tanto amor.

Llevaba demasiados años en la oscuridad. La quietud le venía grande.

Ella siempre había sido desinquieta y rebelde. Los brazos fuertes para ir más rápido y las manos grandes para abarcarlo todo.

Muchas mañanas se sentía como una amazonas cabalgando sobre su corcel negro: los parques eran selvas y las plazas desiertos y ella, veloz, con el viento bailándole el pelo y la carcajada ancha.

Y en las tardes, cuando el sol iba bajando, ella lo perseguía por la avenida marítima como un barco a toda vela, se hacía a la mar con la vista y se mojaba hasta la última esquina del alma.

Sin embargo, los últimos años no veía más que cemento ante sus ojos. Muros, escalones y gentes grises sin aire al que reír.

Se había quedado menuda como un pajarillo y apenas se movía.

Ese anochecer alguien la vio salir hacia la esquina.

Allí se detuvo.

Nadie supo que, en cuanto encendieron las luces, alzó el vuelo.



Una mañana de febrero acudí al médico por un dolor muy fuerte. Me hicieron varios exámenes y al finalizar la tarde me dieron los resultados. De inmediato me dirijo a casa de mi madre. Al llegar allí me encuentro con la noticia de que mi madre se cayó y se dobló el tobillo, por lo que recomendé comprar una silla de ruedas para así facilitar su movilidad. Mi madre respondió que no era necesario, que con un poco de ayuda de mi padre ella se iba a mover bien. Igualmente fui a comprar la silla de ruedas, al llegar a casa de mi madre con la misma, antes de entrar, recibo una llamada del doctor preguntándome dónde estoy, le respondí que en la entrada del complejo residencial de mi madre. Me dijo: siento decirte que los fuertes dolores que tienes son producto de un cáncer con metástasis en el hígado. Miré a mi alrededor y usé la silla de ruedas para sentarme.

Saber que mis últimos días de vida estaría sentado en una silla de ruedas o en una cama de hospital... Lloré... y en ese momento desperté: era un sueño (aterrador) me encontraba en casa con mis padres, hermano, esposa que le dan sentido a nuestra vida: ama, ríe, llora, sufre, disfruta y equivócate.

La vida es sólo una y no sabemos cuándo el sueño aterrador se puede hacer realidad.

créditos e índice

02

- Fotografía: *Arte para llevar* – Shyrea
- Texto 01: *El muro sin lamentaciones* – mispalarasjuntas
- Texto 02: *In te speravi* – #Diosylibertad

03

- Fotografía: *La búsqueda* – Nayra
- Texto 01: *La pregunta del mediodía* – Emilia Montelongo
- Texto 02: *Llegará* – Rafa Domcar

04

- Fotografía: *Prohibido tender* – Juan Reyes
- Texto 01: *Sin título* – Santiago Pérez Valdivia
- Texto 02: *Realidad* – Luis Mig

05

- Fotografía: *Amapola* – Loli Figueroa
- Texto 01: *Distorsiones* – Alicia

06

- Fotografía: *Sin título* – Carlos Arteaga
- Texto 01: *Nuestras sombras* – Borja Manuel Perdomo Ramos

07

- Fotografía: *La chola* – Omaira Morales
- Texto 01: *Vivir en cholas* – Isabel Hernández Soto
- Texto 02: *Cholas en reposo* – Berto Illa

08

- Fotografía: *Los años* – Marcos Uribe
- Texto 01: *La ventana* – Francisco Javier Quesada Hernández
- Texto 02: *La ventana* – Raquel Álvarez

09

- Fotografía: *Niebla* – Cipriano Ruiz
- Texto 01: *Bosque y niebla* – Amy Waller
- Texto 02: *Los pinos* – José Domingo Alegría

10

- Fotografía: *Próxima estación* – Valeriano Weyler Ramos
- Texto 01: *Puntualidad* – Jaime
- Texto 02: *Tranvía hacia la luz* – Mariana Fe

11

- Fotografía: *Sin título* – Noelia Rodríguez
- Texto 01: *El ascenso* – Ariane Déniz
- Texto 02: *Que la izquierda no sepa lo que das con la derecha* – Diego Herreño

12

- Fotografía: *A mis brazos* – Fernando Pérez Moreno
- Texto 01: *El valor de la risa* – José Stiven - DYDASTI
- Texto 02: *Papeles, por favor* – Donovan Mrozeck

13

- Fotografía: *Sin título* – Yurena Garcías
- Texto 01: *Gallinero a la fuga* – Loli Figueroa
- Texto 02: *¿Qué pasa gallo? Crónicas del Valle de Aridane* – Francisco Quesada

14

- Fotografía: *Entre líneas* – Cicuta
- Texto 01: *La piedra al cubo* – Marcos Uribe

15

- Fotografía: *Sin título* – Ana Ríos
- Texto 01: *Paso, paso, descanso* – Lupe
- Texto 02: *Amor. Humano. Calor* – Mahouterick Yorlei-chambers

16

- Fotografía: *PaZiendo* – Carmela Sieiro
- Texto 01: *Sin título* – Héctor Rodríguez Barreda
- Texto 02: *Ciro* – Patricia Gut

17

- Fotografía: *Sin título* – Isabel Gallardo
- Texto 01: *Sin título* – Laura Escuela Magdaleno
- Texto 02: *La silla* – José Montes

XXVII Festival de narración Verano de cuento

El Sauzal · Tenerife · 2026

